

Más allá del siglo XX

La crisis del edificio en la enseñanza del Taller de Proyectos

Suponiendo que nosotros queramos la verdad: ¿por qué no, más bien, la no-verdad? ¿Y la incertidumbre? ¿Y aun la ignorancia?

Friedrich Nietzsche
Más allá del bien y del mal



Edificio Ministerio de educación. San Borja. Fotografía: Rodolfo Cortegana

En los últimos 20 años nuestro país ha tenido dos crecimientos inusitados. Por un lado, su infraestructura pública se ha acrecentado de manera sostenida, intentando cerrar la brecha respecto a la carencia de edificios que alberguen las dependencias del Estado y con el objetivo de disponerlas para prestar servicio al ciudadano. Y por otro lado, el aumento exponencial de las escuelas de Arquitectura y, con ellas, la de miles de estudiantes y arquitectos/as que se formaron en sus aulas.

Dentro de este segundo punto, como sabemos, el Taller de Proyectos sigue siendo el espacio formativo más arraigado a los aspectos disciplinares que tienen los estudiantes de Arquitectura. Es allí en donde se instalan, desde procesos pedagógicos, los sistemas de valoración que irán formando el imaginario de sus decisiones arquitectónicas y desde donde se construyen como arquitectos/as a partir de los edificios que proyectan. Una malla curricular en Arquitectura no puede prescindir del Taller de Proyectos, pues se trata del eje que fundamenta la formación del estudiante. Durante sus diez ciclos los alumnos/as se confrontan en el Taller a un sinfín de tipologías, programas, lugares y problemáticas que cada pedagogía tiene a bien enseñar.

Entendemos que para muchos el ejercicio profesional de arquitecto/a estará ligado a la posibilidad de proyectar en los edificios que construirán la imagen de sus ciudades o comunidades y que aquello será parte de su responsabilidad en la definición de los espacios que habitamos. Es así que una ciudad adquiere su carácter desde muchas variables —la cultura de su población, su traza urbana, sus espacios públicos su territorio, etc.—, pero sobre todo, desde sus edificios. Aquellos edificios que serán proyectados en su mayoría por los arquitectos/as que han egresado de las escuelas de Arquitectura con el ánimo de mejorarlos en su calidad arquitectónica. Escuelas que, como decíamos, se han multiplicado por todo nuestro país generando una oferta también insólita de arquitectos que se insertan en el medio laboral, y cuyo resultado natural, debiera ser tener ciudades que sean el reflejo de esa masa crítica, por lo menos, en el diseño arquitectónico de sus edificios públicos.¹

Esta situación nos obliga hacernos algunas preguntas:

¿Por qué habiendo facultades de Arquitectura en todas nuestras ciudades, nuestra infraestructura pública viene sostenida en su gran mayoría por edificios de tan poca calidad arquitectónica?

Escuchamos permanentemente desde los gremios y asociaciones desplazar la responsabilidad de nuestra precaria calidad arquitectónica hacia los funcionarios del Estado y las autoridades, a quienes se les achaca el colocar trabas e imaginarios afiebrados en los edificios públicos. Pero es claro que la responsabilidad es de los arquitectos/as que proyectan dicha infraestructura, en tanto sus valoraciones arquitectónicas son resultado de su formación en las escuelas y su autoconfianza profesional viene legitimada porque están muy convencidos de ser arquitectos/as. Deslegitimados los concursos públicos, que al menos nos garantizaban una responsabilidad clara y precisa del medio arquitectónico, siendo valorada por sus representantes, ahora los arquitectos parecen replegarse detrás de su anonimato, en muchos casos coludidos con el silencio y, por otro lado, incapaces de formular la defensa de sus decisiones arquitectónicas ante la ciudadanía.

Es entendible que cualquiera que haya egresado de la carrera de Arquitectura se sienta capaz de proyectar un edificio —independientemente de la envergadura del mismo— porque tiene la seguridad de ser arquitecto/a. Puede dudar de muchas cosas, pero nunca de que podrá resolver el proyecto que tiene en sus manos. Y eso en la práctica simboliza la verdad. Quizás ese convencimiento viene dado desde las certezas que se instalaron en los talleres de proyecto al definir el cómo proyectar. Es decir, pareciera que según el criterio de algunas pedagogías la Arquitectura tuviera un horizonte de valoración universal, desde la cual un arquitecto pudiera colocar el mínimo de calidad en sus proyectos —siguiendo esas mismas pedagogías— y tener la tranquilidad de haber realizado un buen trabajo. Sin duda alguna, la masa crítica en el desarrollo docente de los talleres de proyecto se ve desbordada por la cantidad de alumnos que atender. Es así, que lo funcional en ese aspecto es contextualizar

¹ Queremos dejar de lado la infraestructura construida en el ámbito de la vivienda, dada la gran informalidad y autoconstrucción que se dan en nuestras ciudades, y solo enfocar nuestra reflexión en los edificios públicos, por ser estos construidos con fondos de todos los ciudadanos.

las pedagogías que se enseñan bajo los paradigmas teóricos con los que fueron formados aquellos docentes que las imparten. Paradigmas que en su gran mayoría pertenecen a la episteme del siglo pasado; y con ello, docentes sin ninguna posibilidad crítica de reflexionar sobre los aspectos de valoración que fueron los fundamentos de su propia formación.

¿Son nuestros edificios públicos el reflejo de nuestra formación en el Taller de Proyectos?

En la confrontación de ciertas verdades arquitectónicas, la modernidad ortodoxa tuvo un impacto enorme en el Nuevo Mundo con sus valoraciones sobre el progreso y sobre cómo la arquitectura establecía la agenda para tal fin. El estilo internacional, producto de esa narrativa, se jerarquizó en países como el nuestro, intentando hacer *tabula rasa* de toda referencia al pasado. Muchas escuelas siguen colocando dichas valoraciones como verdades universales bajo las cuales la “buena” arquitectura debe sustentarse y así garantizar las mejores decisiones arquitectónicas para sus proyectos. Como dice Olgiati (2020), es nuestra “leche materna universal”.

Es indudable que, frente a la incertidumbre de la época, refugiarse en un andamiaje de valoraciones como el de la ortodoxia del siglo XX sigue siendo funcional para las pedagogías del taller. Sin embargo, hemos tenido en el campo de las ideas manifestaciones de otros pensamientos que estructuran una mirada más acorde a nuestros tiempos. Se puede decir, citando a Nietzsche, que “Dios ha muerto” y que el estilo internacional y las valoraciones arquitectónicas que instaló la modernidad ortodoxa están muertas. Por lo tanto, su moralidad, en relación a la función, no puede seguir jerarquizada ni reemplazada por otras narrativas como la ecología o la política.

Podemos incluir a los arquitectos como culpables que erróneamente creen que la salvación de la arquitectura, en nuestros tiempos de desorientación, se basa en enfoques arquitectónicos que toman la base económica, ecológica y política como la principal para hacer arquitectura. Lo hacen con la esperanza de imbuirla de relevancia y rectitud moral (Olgiati, 2020, p. 19).

Es evidente que los procesos pedagógicos en la enseñanza del proyecto, en base a los paradigmas arquitectónicos del siglo XX sin una mirada crítica, no encuentran su fundamento en un mundo en el cual las agendas de los jóvenes estudiantes de Arquitectura han cambiado. Procesos lineales con sistemas de valoración anacrónicos que se dan por ciertos, solo generan que el edificio, como espacio para la discusión en el taller, se coloque en crisis. No por problematizarlo, sino más bien porque no encuentra su sentido. Como alumnos/as del Taller de Proyectos los jóvenes están permanentemente confrontados a la crítica que valora o deslegitima las ideas puestas en el proyecto/edificio. Es así que el alumno/a se legitima como un/a mejor estudiante de Arquitectura desde las decisiones del entorno docente que lleva el taller. Esta práctica cotidiana en la formación de un/a arquitecto/a que lo conduce a encontrarse y construirse desde lo que proyecta, en algún momento ha dejado de tener sentido, ya sea por el tipo de edificios que se encargan o por la manera en que las pedagogías se instalan en el taller, prescindiendo de una discusión

disciplinar que le permita al alumno seguir reflexionando desde lo arquitectónico como pregunta a sus intereses. De este modo el proyectar carece de significado y sentido, porque todo ello se convierte en solo la capacidad de organizar un listado de espacios que se ubicarán en un lote, a veces genérico, como respuesta a las grandes carencias de nuestra sociedad.

Las valoraciones que se instalan en muchos de los talleres son atávicas e inflexibles a la ortodoxia de la primera mitad del siglo XX y no reconocen en la dimensión de nuestro pasado y presente arquitectónicos valores que nos permitan vincular a los alumnos con los intereses del mundo de hoy. Las referencias que se insertan en la práctica del Taller de Proyectos debieran ser hallazgos que los docentes llevaran a un primer plano y no paradigmas universalistas que son el resultado de una mirada anclada en absolutos desde un esquema mental conservador. La relación jerárquica y objetual con el lugar, el sentido del programa que excluye las nuevas formas de relacionarnos, así como el proceso que jerarquiza en un único concepto el gobierno de las decisiones arquitectónicas, son parte del entorno desde donde el edificio pierde su sentido en las aulas. Desde un lugar más *débil*², dichas pedagogías podrían colocarse en el medio de una discusión más abierta, en vez de seguir posicionándose desde su jerarquía compositiva como basamento del fundamento formativo para la disciplina.

Con respecto a nuestros edificios públicos como producto de nuestra formación, es indudable que el anclaje en sus procesos proyectuales —en un mundo en donde el sentido del edificio y el de su producción tiene que construirse de manera específica y en cada caso particular— les impide pensarse desde otros horizontes. Para ser más precisos se puede establecer la postura de Ignasi de Solà-Morales como una premisa que permite esclarecer dicha idea.

La interpretación de la crisis del Proyecto Moderno solo puede hacerse desde lo que Friedrich Wilhelm Nietzsche llamó “la muerte de Dios”, es decir, desde la desaparición de cualquier tipo de referencia absoluta que de algún modo coordine, “cierre”, el sistema de nuestros conocimientos y de nuestros valores a la hora de articularlos en una visión global de la realidad (De Solà-Morales, 1998, p. 66).

El propio siglo XX en su segunda mitad tuvo intentos de desplazar esta jerarquía y liberarse de la moral que se establecía como su espada de Damocles. Los textos y premisas de Venturi (2018) establecidos en su libro más polémico, *Complejidad y contradicción en la arquitectura*, solo explicitaron un retorno a sistemas de valoración que precedían a la modernidad, pero no cambiaron la episteme de la época para pensar la arquitectura desde otro lugar más débil, solo establecían a veces un nihilismo parcializado, sobre todo, con su definición más interesante del *difícil conjunto*. Por su parte, Peter Eisenman (2017) intenta desplazar las variables que sustentaban el poder en los principios de valoración

² Nos interesa dialogar con el término de Gianni Vattimo, “El pensamiento débil constituye, sin ninguna duda, una metáfora y una cierta paradoja. Pero en ningún caso podría transformarse en la sigla emblemática de una nueva filosofía. Se trata de una manera de hablar provisional, e incluso, tal vez, contradictoria, pero que señala un camino, una dirección posible: un sendero que se separa del que sigue a la razón – dominio, traducida y camuflada de mil modos diversos”. (Vattimo, 2006)

arquitectónicos pretendiendo, desde una metodología de proyección que alude a lo arbitrario como un injerto, sacudirse de esas premisas cargadas de absolutos y trascendencia.

Es así que no escuchamos mucha discusión al respecto de los edificios de dudosa calidad arquitectónica que vemos aparecer en nuestras ciudades y que debieran empoderarnos como ciudadanos y ser la representación de los valores republicanos. Existe un silencio que legitima aquella arquitectura que aterriza sin ninguna consideración por su entorno, patrimonio u otro valor que pueda ser impedimento para su deseo narcisista de realidad construida.

Regresando a las pedagogías de nuestra formación, uno de los insumos en el Taller de Proyectos son los edificios. El estudio de sus decisiones arquitectónicas no solo nos muestra una elaboración en la comprensión de sus alzados y espacios sino, sobre todo, cómo ellos han sido respuesta a la época y el lugar en donde se han establecido. Existen en nuestro medio, a través de un corte transversal temporal, manifestaciones arquitectónicas cargadas de mucha significación que deberían ser el insumo central de un arquitecto que se forma en el Perú y fuente para establecer una vía posible a nuevos imaginarios arquitectónicos.

¿Somos inimputables los arquitectos a la hora de proyectar nuestros edificios?

Es manifiesto que la seguridad de ser arquitectos nos empodera para actuar y decidir sobre la realidad espacial y urbana de un fragmento de ciudad o de una comunidad desde un edificio. Es así que aquellas pedagogías que colocaron un sistema de valoración universal y absoluto en nuestro espacio formativo nos impiden dudar cuando proyectamos. Son aquellas certezas las que nos dificultan entender al edificio como una pregunta y no solamente como un producto de una causalidad implícita en nuestro sistema de pensamiento. Sin duda alguna, el esquema mental que ha proyectado la mayoría de nuestros edificios públicos no tiene duda de ser arquitecto/a. No opera desde la intuición para construir la realidad de la cosa en sí desde su subjetividad, más bien, genera una lógica que gobierna sus actos y como tal trasciende toda realidad intuitiva. “La lógica es el saber universal del modo de proceder de la razón expresado en forma de reglas, conocido por la introspección de la razón y la abstracción de todo contenido” (Schopenhauer, 2010). Su edificio es el resultado de unas reglas o fundamentos que le permiten *a priori* colocar decisiones arquitectónicas sin cambiar la realidad del entorno en relación al ciudadano, ya que ello implicaría empezar a cambiar el sentido de su fundamento. Esta forma de operar sus decisiones está bloqueada por la seguridad y jerarquía en su proceso de pensamiento. Proceso que se enmarca en una visión con pretensiones universalistas y permanencias atemporales, sin el compromiso de ser desmanteladas o transformadas por los propios ciudadanos que las habitan. De esta manera, nuestro medio forma arquitectos que no tienen ninguna responsabilidad frente a sus obras. Los edificios no los debilitan en absoluto. Su silencio, luego de acabada su construcción, no les hace mella y muestran en sus imaginarios trasnochados su presencia inmutable desde el desprecio por el otro y el despilfarro de fondos públicos.

Por otro lado, la ausencia de crítica arquitectónica en nuestro entorno genera un empoderamiento debido a ese silencio. Pareciera que estamos condenados a tener una representación arquitectónica que no establezca las agendas de la época ni que se confronte al escrutinio público de la disciplina. Volviendo a lo proyectado por los arquitectos sobre la infraestructura pública, nuestra época nos exige que los edificios construyan su propio sentido y que sean productores de sentido a cada momento. Pero esto debiese ser, no desde la universalidad de sus decisiones arquitectónicas, sino más bien desde lo transitorio y relativo a su quehacer y lugar específico.

¿Es posible conciliar las agendas políticas con lo arquitectónico?

Nuestra sociedad nos ha confrontado a la imposibilidad de desligar el diseño arquitectónico de los edificios públicos de las luchas por la reivindicación social y contra la desigualdad, y con ello, nos impele a aportar en la construcción de nuestra ciudadanía. No se puede tener una posición política de reivindicación para nuestra sociedad si no pasa por habitar edificios públicos que nos permitan desplegar una experiencia vinculada a esos valores. Proyectar edificios públicos pone de manifiesto una gran responsabilidad, donde la disciplina se confronta cada día en sus talleres de proyecto y en su espacio profesional. El edificio público tiene en sí el compromiso ciudadano de transformar a una sociedad atascada y confrontada con su desigualdad. La arquitectura pública desde el edificio es una posibilidad tangible para las batallas políticas que nuestro país necesita, pero sabemos que, aunque son agendas que van en un solo sentido, cada cual marca una especificidad y rigurosidad que la disciplina de la Arquitectura requiere. Aclarar dicha condición es clave para el cambio que se debe dar en nuestras aulas.

El Taller de Proyectos es el espacio en donde uno se confronta de manera rigurosa con la discusión proyectual e intelectual del edificio. No basta con relatos bienintencionados, se tienen que plantear pedagogías que puedan ir más allá del siglo XX. Los imaginarios arquitectónicos tienen que nutrirse de miradas y representaciones abiertas al acontecer arquitectónico más periférico, complejo y popular que ha transformado nuestro territorio y que tiene el suficiente arraigo en nuestra historia arquitectónica. A ello debe sumarse además una mirada sin complejos de los avatares contemporáneos del mundo globalizado.

Nuestro derrotero es con el edificio como herramienta para transformar y mejorar nuestros entornos sociales, medioambientales y territoriales. Renunciar a pensar el edificio desde sus nuevas valoraciones espaciales e inteligencias disciplinares es renunciar a ser parte del cambio en la infraestructura social de nuestro país.

Por último, el discurso sobre la renuncia al edificio en sociedades como las nuestras, que entusiasma a muchos docentes en nuestras facultades, en lugar de ser un acto revolucionario se convierte en una postura irresponsable.

Referencias bibliográficas

De Solà-Morales, I. (1998). *Diferencias: topografía de la arquitectura contemporánea*. Editorial Gustavo Gili.

Eisenman, P. (2017). *11+ L. Una antología de ensayos*. Puente editores.

Nietzsche, F. (2012). *Más allá del bien y del mal*. Alianza Editorial.

Olgíati, V. (2020). *Arquitectura No – Referencial*. Arquine.

Rovatti, P. A., & Vattimo, G. (Edits.). (2006). *El pensamiento débil*. Cátedra.

Schopenhauer, A. (2010). *El mundo como voluntad y representación*. Alianza Editorial.

Venturi, R. (2018). *Complejidad y contradicción en la arquitectura* (2ª ed.). Editorial Gustavo Gili.